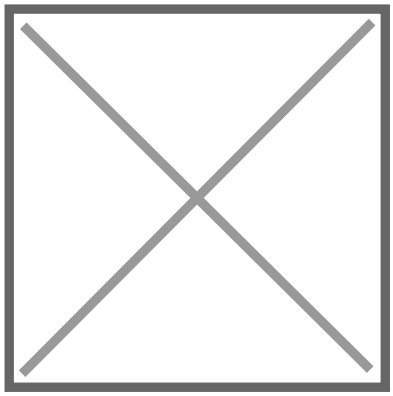

Réquiem por Arturo Alcayaga Vicuña

Por eso vestiríame hoy de músico.
chocaría con su alma que quedóse mirando a mi
materia. Más ya nunca verále afeitándose al pie de su mañana.
ya nunca, ya jamás, ya para qué!
qué jamás de jamases su jamás!

César Vallejo

Alcayaga para siempre en el adiós de los adioses. ¿Quién nos pintará otra vez «la muerte de un todavía»? ¿Quién, con ese jockey peculiar y zapatos de taco alto, andará reluciendo su «sonrisa-pasaporte» por las calles de nuestras penas y alegrías? ¿Es que acaso él no las tenía?

Quien «entredios» profetizara su sino en alta voz de juglar imprevisto y de poco fiar según los muchos ignaros de provincia y algo o bastante loco, según decían ¿loco?, loco «el caballero descalcificado» iba por las calles mencionando las hembras tutelares de la tarde incierta. (Bajo el diluvio eterno la soledad del poeta, adusta, indómita, desquiciada). Quien muchísimo después de inaugurar «las ferreterías en el cielo» se rió con nosotros y de nosotros en la misma pieza de una antigua librería y salió a la calle con cara de fácil saludo, asequible a las multitudes, dispuesto a romper la fatal tristeza del olvido.

El que había expuesto sus pinturas en las grandes capitales de Europa, Londres, París, Madrid, él que era médico y no ejercía nada más que como médico del alma, sin ser de ningún modo psiquiatra, sino poeta y nada más que poeta el hombrecito bajo que era él, solía encontrarse conmigo (como una cosmogonía individual—, en las aceras imprevistas y en las plazas o a veces casualmente le divisaba detenido de pie muy elegante con pantalones blancos y pañuelo al cuello. El show-man pretérito que imitara a Maurice Chevalier antaño con gracia singular. ¿A qué edad? Edad ¡oh edad! Pero él no la tenía, era siempre el mismo recitando en los albores de la tarde su «Entredios» que, a veces, explicado por el mismo era intencionalmente distinto ¿o era igual? a los signos escritos en el libro.

«Ya casi al final de los grandes inviernos que levanto resignado/ a través de la grisalba/ que representa los últimos linajes del azul/ y las vanguardias de la muerte.»

El iba y venía transido con su delirio alegre, desbocado (nunca le vi triste), como creyendo tanto y «tantamente» en sí mismo, en su poesía, en el ajo que masticaba y a veces exhalaba, porque según él era muy bueno para la salud y fortificaba la virilidad cuando hacía tiempo ya había pasado de los setenta años. Creo que este afrodisíaco casero, por decirlo de algún modo, lo masticó desde siempre y siempre aferrado sin vergüenza a las aldabas del Eros ferviente, enardecido en alta voz con las hembras eternas («esas ninfas que el querría perpetuar») y eternamente con dichos tan suyos que hacían recordar a Rabelais sacándome la tristeza de la piel con alguno de esos jeringazos verbales, mitad burla egocéntrica, mitad poesía parlante surrealista tan alucinante como Dalí, pero con soles internos riendo y trotando por el interior de la librería «El Pensamiento», diciéndonos a todos que estaba sano, después de botar dos pequeños bastones (porque esa última vez le vi con bastones) sonriendo con su «sonrisa-pasaporte» y repitiendo.

— «Estoy sano, estoy bien, lo que pasa es que en este país a uno todos lo quieren ver enfermo y mal» (empleaba un tono altisonante y palabras de calibre algo grueso para expresar esta idea):

— «Los bastones los uso para engañar a la gente que al verme así se siente feliz».

Preocupado finalmente de la publicación de su

Réquiem por Arturo Alcayaga Vicuña [artículo] Carlos León Pezoa.

Libros y documentos

AUTORÍA

León Pezoa, Carlos, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Réquiem por Arturo Alcayaga Vicuña [artículo] Carlos León Pezoa.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile